

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 42. 23 de Marzo de 1985.

Aquella Celestina tan nuestra

De las múltiples ediciones modernas de *La Celestina* que M.B. tiene sobre su mesa, la minuciosamente preparada por su paisano Joaquín Benito de Lucas es, sin lugar a dudas, la mejor.

El libro, publicado por Plaza y Janés, en su nueva edición de *Clásicos, Biblioteca crítica de autores españoles*, presenta al lector interesado en una obra ya arqueológica (y tan vigente, sin embargo) como la de Fernando de Rojas, un excelente y ordenado aparato crítico que centra con justicia y hace nítida la comprensión de la lectura del *Libro de Calisto y Melibea* y de la puta vieja *Celestina*, como titulaba al inmortal texto la

edición sevillana de 1502, base del trabajo ahora resenado.

La nota editorial impresa en la contraportada del libro es sintética y acertada:

Calisto a Melibea

¿Ves el paisaje de la orilla izquierda, su verdor en la tarde, el mar de juncos y más lejos los álamos temblando? Pues así tiemblo yo cuando atravieso el puente y miro tu balcón, tu cuerpo si estás en la azotea o si te asomas a la ventana para ver la tarde caer rosada como tus mejillas.

Con los vencejos que de puente a puente beben del aire el fuego de otro río entro en tu casa, aire y fuego juntos, buscando entre tus joyas mis recuerdos, en tus baúles ropas que me llamen, por detrás de tu espejo mi retrato. Y sólo encuentro restos de verano, paisajes amarillos, melodías de notas y de lágrimas que se vencen desnudas hacia el mar de la noche.

JOAQUIN BENITO DE LUCAS

*La Celestina, libro, en opinión de Cervantes, divino si escondiera más lo humano, es una obra de gran actualidad, precisamente por el conflicto amoroso que plantea. La figura de la alcahueta, magistralmente trazada por Rojas, ha llegado a anular la de los amantes hasta el punto de dar título a la obra; sin embargo, Joaquín Benito de Lucas, que en su libro de poemas *Antinomia* ha recreado el mundo sentimental de Calisto y Melibea, vuelve de nuevo a dar a los protagonistas la importancia que tenían en las primeras versiones de la Tragicomedia, mostrando cómo todos los comparsas van desapare-*



ciendo para que el autor pueda triunfar; aunque al final y por motivos morales, que nada tienen que ver con el amor en sí, sino con el modo de conseguirlo, los amantes serán castigados.

La Celestina, una historia de amor

Un fantasma de noche ocioso y egoísta practica el deporte del amor y padece lastimosamente el recuerdo de la amada ausente; una joven adinerada muere por amor al faltarle éste; una madre en la inopia y tres hijas de la noche mujeres espectáculo: la vieja maniobrera y misteriosa, las pupilas, la una de relleno, la segunda poseedora de la voz autoafirmadora más elevada de la obra ("que jamás me preció de llamarme de otro sino mía"). Ellas van a sostener la corriente de amor que va de unos a otros en la obra de Fernando de Rojas.

Crecen en constante tráfico físico, mental y psicológico. Sus miedos, sus conductas son tan variables como el orden de Fortuna y en ese desasosiego de intereses económicos y personales todos intentan alcanzar su destino que se genera sobre la plataforma de un mundo ajeno e

inestable que sólo tiene en el dinero y en el sexo un principio de apaciguamiento.

Asoma en primer plano la locura de amor, la fuerza del deseo. Esa locura transforma las antiguas concepciones religiosas en prácticas oportunistas, en expresiones faltas de autenticidad: "mi señora e mi dios", dice Calisto pensando en Melibea al mismo tiempo que rememora la antigua religión por la "visitación del huerto".

Su afectación resalta aún más las impacencias de la espera y la seducción es todo un pulso con los obstáculos. Una vez que éstos ceden y la joven ha perdido su honra, Calisto estará más pendiente del reloj y de ordenar a sus imprescindibles criados que coloquen la escala que de despedir a su quejumbrosa señora, a quien parece ignorar cuando amanece. Su amor es nocturno y

caprichoso, lo vive en soledad morbosamente; el relatarlo Fernando de Rojas se apoya en la literatura galante de la época con suficiente humor para adornarlo con un dolor de muelas y culminarlo con un resbalón torpe, etc., expresando la antipatía que concede a un saltaparedes que va con coraza a su cita de amor y desarmado al único episodio heroico que pretende protagonizar y en el que muere.

Esa locura atolondrada condiciona los movimientos eróticos de los que el señor tiene a su cargo, los "periféricos" que pueden obtener alguna ganancia en esa historia. Amor arrastra a amor. El amor de Areusa cambia la voluntad de Pármeneo y no es de extrañar que el mismo consejero que anuncia la perdición de Calisto tras una sucesión de acontecimientos se llene de vergüenza ante el "buen concierto"

que se avecina con la moza. La despedida tierna de ambos y la nueva cita que se marcan antes de que Pármeneo cierre la puerta tras de él lo sitúan de lleno en la corriente filosófica de *Celestina* que afirmaba que no podía considerarse nacido el que para sí sólo nació: "El placer no comunicado no es placer".

El amor se transforma con el paso del tiempo, se siente estimulado por la ganancia, se conduce como principio de relación y, sobre todo, contribuye a poner en funcionamiento un arriesgado juego colectivo: "si todos nos amamos el mundo se va a perder", dice Sempronio en el octavo auto.

En ese juego el autor o autores sitúan el debate en un punto polémico. El tema del placer aparece en esta obra en la línea de la solución epicúrea propuesta por Lorenzo Valla a propósito



del último bien o felicidad del ser humano. Valla rebatió la solución de aquellos que identificaban el placer como "peste que contamina nuestra humana vida". Lo rebatía también Melibea, que identificaba *placer* con su destino, aceptando la solución del suicidio cuando el placer le falta, pues lo que había sido fuente de vida se podía convertir por su carencia en trampolín de muerte.